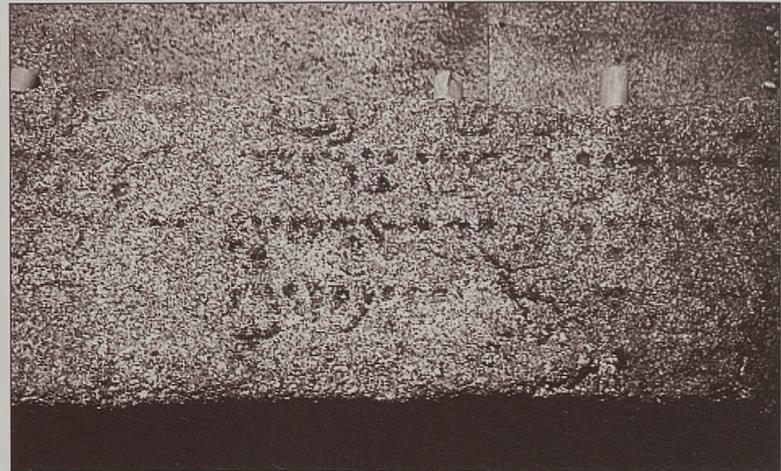




Dos epígrafes funerarios redescubiertos en Toledo

Cuando en mayo de 1988 se creó la Asociación de Amigos del Museo Sefardí, no era solamente un paso adelante en la realización de nuevas actividades, como en la protección del patrimonio hispanojudío, sino que era en definitiva el instrumento a través del cual los fondos del Museo iban a incrementarse en gran manera. El entusiasmo de su Presidente, D. Juan Ignacio de Mesa Ruiz, la colaboración de los miembros de la Junta Directiva y en definitiva la ayuda de los "amigos" han logrado que el menudado patrimonio del Museo en este momento se haya cuadruplicado en este momento.

Uno de los momentos más satisfactorios en este período de diez años se produjo en el pasado mes de abril cuando recibí una llamada tele-



fónica de Pablo Sanguino y de Chema Núñez, miembros de la Asociación de Amigos, quienes me preguntaban si estábamos interesados en una lápida con, lo que ellos creían, caracteres hebreos. Como es natural la respuesta estaba llena de curiosidad y de interrogantes. Quizás uno de los

más importantes, como miembro de ICOM que soy, era si su procedencia era legal o si entraba en colisión con algún tipo de legislación que no quería violar. Otra pregunta tenía que ver con el precio. Pero las respuestas a ambas cuestiones fueron satisfactorias. Sólo había un problema. Era necesario avalar que se trataba de un epígrafe hebreo y si sus características lo hacían

especialmente importante para su adquisición. La lápida se encontraba en un corral cerca de la venta de La Olivilla, con otros restos procedentes de edificios derrumbados hacía años. Su propietario, un albañil, que la recogió "porque era un buen trozo de granito útil para algún jardín", y que tenía que abandonar el terreno por un pleito, por tanto necesitaba desprenderse de todos aquellos restos. Así que se montó una divertida comedia para no levantar sospechas. Yo no iba como directora del Museo, sino como esposa de Pablo que tenía interés en ver si la piedra en cuestión, era útil para nuestro jardín. Nos acompañaban Chema Núñez y Santiago Palomero, conservador del Museo, y que venían en calidad de amigos. Cuando llegamos al lugar donde se encontraba y el dueño nos facilitó la entrada, sentí una tremenda emoción. El epígrafe efectivamente llevaba una inscripción hebrea y en apariencia parecía pertenecer al cementerio judío de Toledo por el tipo de piedra y la regularidad de sus caracteres. Yo la necesitaba para "mi jardín", el patio norte del Museo, espacio en el que se ubican otros epígrafes funerarios. Hice una seña a Pablo Sanguino indicándole que estábamos interesados en la compra. En la misma mañana una grúa la depositaba en el patio del Museo a la espera de ser restaurada.

